

—Muy deseosa.... es mi sueño dorado..... todas las noches sueño con la corona de emperatriz.....

—Te daré ese gusto aunque me cueste.....

—¿Qué?

—La herencia de Austria.

Carlota premió con repetidos besos aquella muestra de abnegación de Maximiliano.

El archiduque salió hasta por la mañana á las ocho de las habitaciones de la archiduquesa.



CAPITULO IX

ALMONTE

ESTE siniestro personaje de quien cuesta trabajo hablar, por sus bajezas, por sus perfidias y por sus traiciones, después de haberse constituido él mismo Jefe Supremo de la Nación con el apoyo de las bayonetas francesas en Orizaba, formó parte de la Regencia en México luego que la Asamblea de Notables, obedeciendo al mandato de Forey, proclamó la monarquía, decidiendo ofrecer la corona del imperio de México á Maximiliano que ya le estaba ofrecida por Napoleón III.

A Don Juan Nepemuceno Almonte que era hijo del gran Morelos, le bastaba para su gloria tener aquella procedencia, y sin molestarse mucho hubiera sido llamado por su solo origen ó ocupar los puestos mas encumbrados; pero sus ambiciones nunca se veían satisfechas y anduvo rodando mientras vivió por todos los partidos, á todos traicionándolos, á todos vendiéndolos y á todos haciéndoles inconsecuencias como

el más vil de los lacayos, colocándose siempre en la línea de los intrigantes de más baja estofa.

En los momentos en que vamos á presentarle otra vez en escena, era el esclavo más humilde de los jefes de la expedición francesa y el más soberbio de los mandarines mexicanos para con los suyos. Así han sido siempre los traidores en todas partes del mundo: sumisos con los extraños, feroces con los de su tierra.

Se había presentado ya el otro traidor, odioso como Almonte, y más odioso aún porque era prelado, el arzobispo Labastida, á quién se designó por Napoleón como tercer regente y él que esperaba venir á hacer su voluntad creyendo que estaba cargado de méritos con su viaje á Europa y su intervención en la aventura intervencionista, luego que vió que no tenía ni ocasión de opinar siquiera pues que todo lo que se hacía se presentaba condimentado por Bazaine que era el jefe de las armas ó por sus agentes para que lo firmara la Regencia, empezó á tener disgustos y mucho más se disgustó cuando supo que el emperador francés había ordenado que se llevase adelante la desamortización de los bienes del clero y en general lo que disponían las leyes de Reforma, ante cuya determinación se habían inclinado Maximiliano y Carlota primero, y después Almonte y Salas, los dos regentes en ejercicio, y en seguida los demás imperialistas y afrancesados, lo cual segun el arzobispo era tanto como haber salido de Guatemala para entrar en *Guatetepeor*.

—¿Pero es posible que Sus Excelencias hayan consentido en eso? decía en cierta vez á Salas y Almonte

apretándose las manos de congoja, hablando con ellos confidencialmente.

—Nos hemos opuesto cuanto era dable á oponernos sin provocar un rompimiento, Ilmo. Señor, le contestó Almonte.

Aquí es necesario advertir que Salas no decía nada porque era un estúpido, un estafermo que firmaba cuanto le daban, sin meterse en más dibujos, porque las únicas cosas que le interesaban eran el sueldo y la posición.

El prelado siguió con la palabra.

—Pero se entiende que nosotros todos no hemos venido luchando desde el año de 55, exponiendo nuestras vidas y gastando nuestro dinero, para venir á tener lo mismo que hemos repugnado. Si hemos de tener desamortización y leyes de Reforma, no valía la pena de haber ido á suplicar á las naciones amigas que nos auxiliaran con sus armas y con su poder para arrojar á los liberales, puesto que son los mismos liberales los que están mandando ahora.

—Yo fuí, en efecto, liberal alguna vez, murmuró Almonte, pero S. Illma. sabe muy bien que hoy odio á ese partido y que no soy mas que un aliado de Napoleón y un súbdito leal del príncipe Maximiliano.

—Pero si nos han de robar los extranjeros, dijo el arzobispo muy exaltado, mejor es que no tengamos imperio y que los liberales mexicanos sean los que nos quiten los bienes eclesiásticos en República, al fin son los nuestros.

—Lo que los dos soberanos quieren y lo que quiere Bazaine, que es el encargado aquí de cumplir aquellas altas voluntades, es que se eviten los tras-

tornos que habría si volvieran las cosas al estado que tenían antes.

—Pero si no fué otro el fin que nos movió á traer la intervención armada.

—Nosotros fuimos á pedir un príncipe extranjero y se nos da un príncipe extranjero. Ni pudimos ni debimos dictar condiciones.

—Sí las dictamos: dijimos que el príncipe que se designara había de ser católico.

—Maximiliano es católico.

—Desde el momento en que aprueban la desamortización y las heregías de las llamadas leyes de Reforma, ni Maximiliano ni Napoleón son católicos. Ustedes mismos dejarán de serlo desde el momento en que firmen la gran iniquidad.

—Pues tendremos que firmarla.

—No tendrá validez si yo no la firmo y no la firmaré.

—Nos pasaremos sin la firma de S. Illma. según nos ha prevenido el general Bazaine.

—¡Ah! ¿Bazaine dijo eso?.....

—Esto es, supuso..... opinó..... creyó quizás.....

—Concurriré mañana al Consejo y en el seno de la Regencia manifestaré cuáles son mis opiniones sobre el particular.

—Advertiré á Su Señoría Illma. que es el asunto que tenemos en carpeta y que está recomendado por el Sr. Bazaine, como urgente para su inmediato despacho.

—Entonces no concurriré ni mañana ni los demás días hasta que se desista de tan atroz propósito.

—Su Señoría Illma. obrará en tal caso como lo crea

oportuno, aunque entiendo que se han recibido órdenes especiales para llevar adelante la desamortización y las leyes de Reforma.

El arzobispo no supo reprimirse y lanzó una fea palabra contra Napoleón que fué á caer de rechazo en la frente de Almonte y se retiró del palacio muy disgustado.

Almonte se sonrió con ironía y dijo á Salas hipócritamente:

—Cuanto siento que el señor arzobispo no comprenda, como hemos comprendido nosotros, la situación. De ciudadanos libres quisimos pasar á súbditos y ahora no tenemos más camino que el de la obediencia para ser buenos súbditos.

No obstante aquellas disidencias en el seno de los supremos representantes de la monarquía, el arzobispo concurrió aquella noche á la tertulia que dió Almonte en palacio y se manifestó tan comunicativo y alegre como si nada hubiera pasado entre ellos.

En una de las veces en que se vieron solos los dos regentes, Almonte dijo á Labastida:

—Cuanto agradezco á Su Illma. que haya venido, dando así realce á estas reuniones en que procuro ir introduciendo los usos de la Corte.

—¿Su Excelencia creía tal vez que no vendría, por lo que pasó esta mañana?

—Si he decir la verdad, me temía que Su Illma. estuviera disgustado.

—Una es la política y otras son las consideraciones personales. Yo vine para complacer al amigo.

¡Mentira! el arzobispo había concurrido para ver lo que husmeaba, y sobre todo, para hacer propagan-

da de su descontento entre los afracilados. Veremos como consiguió en parte su objeto.

Como el *rum rum* del descontento clerical cundió del arzobispo á varios de los concurrentes á la tertulia, y no pasó sin ser notado por Almonte, la Regencia se abstuvo de resolver al día siguiente lo relativo á la desamortización; pero Bazaine vigilaba, y como no quería salir á la campaña dejando pendiente un asunto que tanto le recomendaba Napoleón en sus instrucciones, dirigió á la Regencia una nota tronantísima el sábado 7 de Diciembre para que hiciera una declaración categórica y la Regencia tuvo que hacerla mandándola al *Diario Oficial*, pero sin decir nada al arzobispo, el cual sin embargo fué citado para el día siguiente por la tarde á fin de celebrar con él un acuerdo.

El arzobispo concurrió por supuesto, allí estaba Bazaine, y este le dijo con su altanería acostumbrada:

—Nos pasaremos sin Su Illma. si no quiere firmar el decreto.

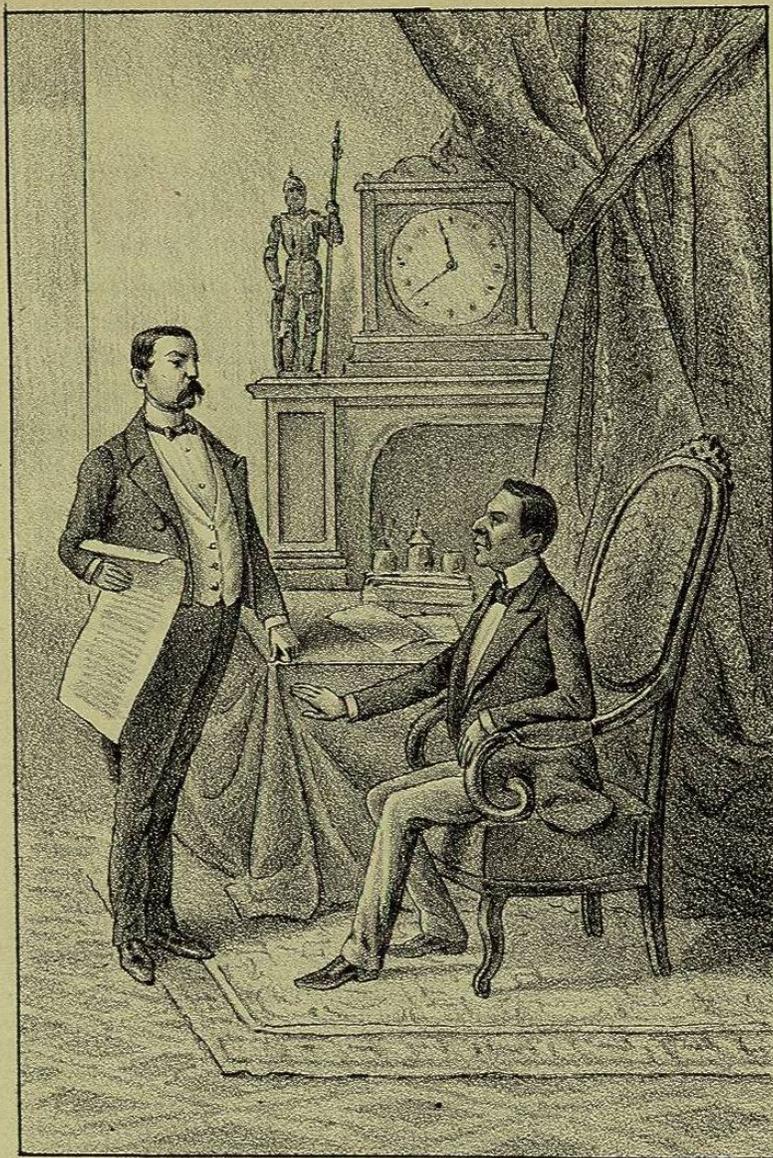
—Pero este negocio es muy grave, contestó el arzobispo, y solo el Emperador puede darle solución como legítimo soberano.

—Lo que yo quiero que se haga no afecta el fondo de la cuestión.

—No solo la afecta sino que la resuelve, porque equivale á asegurar á los adjudicatarios los bienes robados á la Iglesia.

Bazaine le volvió las espaldas diciendo á Almonte que se apresuró á levantarse para acompañarlo:

—Su Excelencia es el que me responderá de todo esto.



Quando llegó la nota del Arzobispo á Palacio y dió cuenta con ella el lic. Raygosa á Almonte, S.É. hizo un gesto desdeñoso y dijo con tono nada aristocrático—Al tomplate.

Almonte le dijo sumisamente:

—Excelentísimo señor general, descuide Su Excelencia. Ahora mismo vamos á despachar á este fraile á paseo.

Como al llegar Labastida á su palacio encontró allí el *periódico oficial* en que vió publicada desde por la mañana la orden que él tanto se había negado á expedir, firmada solo por el secretario Raygosa en nombre de la Regencia, en el acto escribió una brava protesta diciendo exactamente lo mismo que había pasado, esto es, que le habían jugado el dedo en la boca, pues que lo llamaban á discutir cuando el negocio estaba resuelto y publicado, lo cual era agregar la burla á la ofensa.

Después de acumular razonamientos sobre razonamientos, con un atropello que decía bien el estado de ánimo en que se hallaba Su Ilma., conociéndose que apenas podía dominar la cólera de que estaba poseído, terminaba diciendo que aquella orden la consideraba nula aunque estuviera autorizada por el subsecretario de justicia y como no dimanada de la Regencia una vez que él no le había dado su aprobación y que protestaba en fin contra ella en toda forma para los efectos á que hubiere lugar.

Cuando llegó la nota del arzobispo á palacio y se dió cuenta con ella á Almonte por el Lic. Raygosa, Su Excelencia hizo un gesto de desdén y dijo con tono nada aristocrático:

—Al *tompeate*.

Ya se sabe que el *tompeate* entre nosotros es el cesto en donde se echan los papeles inservibles.

Los jueces y magistrados, todos clericales, se pu-

sieron del lado de Labastida y dieron poco acatamiento á las órdenes de la trunca Regencia; pero entonces Bazaine ordenó que se destituyera á unos, que se multara á otros y que se amenazara á los demás, consiguiéndose luego que el poder judicial se inclinara ante el más fuerte.

Viendo el arzobispo que no se hacía caso de sus protestas y exhortaciones y que los asuntos de manos muertas pendientes en los tribunales estaban marchando viento en popa, según las órdenes de Bazaine, recurrió al último arbitrio: convocó á otros obispos, formó una especie de sínodo y lanzó las protestas que se hicieron de estampilla en aquellos tiempos.

Estaba Almonte en palacio rodeado de sus cortesanos habituales, cuando entre risas y burletas se dió lectura á un papel impreso en que aparecían las firmas de unos nueve obispos y, entre otros, verdaderamente incendiarios, había el siguiente párrafo:

"En atención á que nadie ni gobierno alguno tiene autoridad para apoderarse de los bienes de la Iglesia y que por esta razón, los decretos, avisos y circulares expedidas por orden de Vuestra Excelencia [Vuestra Excelencia era Almonte, era Bazaine, era cualquiera que estuviera ejerciendo el poder, menos Salas que era un bendito] llevando un fin atentatorio y tiránico contra la *propiedad sagrada*, están sujetas á la censura de la Iglesia y especialmente á la *Excomunióon Mayor* por el Concilio de Trento en el cap. II de la 22ª Sección de la reforma. En consecuencia, están comprendidos en esta pena canónica, no solamente los autores y ejecutores de los decretos y cir-

culares precitadas, sino también todos aquellos que de cualquier modo han cooperado á su cumplimiento."

—Excomunióon mayor! exclamó el regente Salas, abriendo unos ojos tan redondos como de lechuza.

Almonte se rió á carcajadas, pero con cierta afectación.

Los demás individuos que estaban presentes, todos llenos acaso de las preocupaciones de la época, y que creían realmente que esas censuras de los eclesiásticos eran cosa terrible, no dejaron de ponerse cabizbajos.

Entonces Almonte para animarlos les dijo:

—Vamos, señores, ¿no conocemos demasiado á los nuestros? ¿no son esos mismos obispos los que nos han puesto en el secreto de lo que valen semejantes armas? Pues entonces encojámonos de hombres y digámosles que *maldición de perra vieja ni á la cola ni á la oreja*

